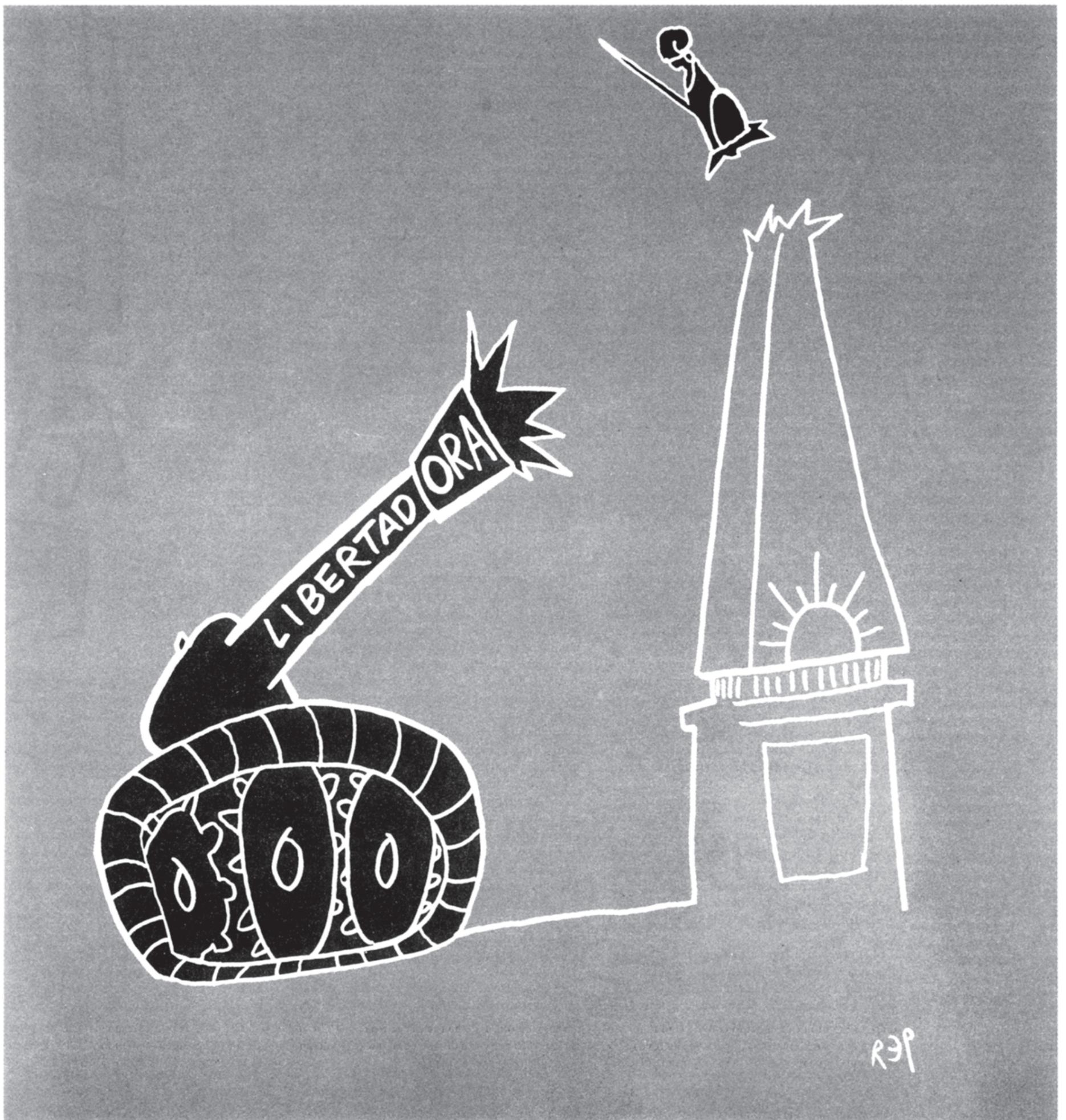


Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

28 Documentos de la Libertadora



Jorge Luis García Venturini, desde sus artículos publicados en el diario *La Prensa*, fue uno de los más activos ideólogos del golpe del 24 de marzo. Puso sobre el tapete político una palabra que entró en el corazón de la clase media que anhelaba ese golpe: *kakistocracia*. En su libro *Politeia*, que compila esas notas y otros trabajos suyos, publicado en plena dictadura, aclara el concepto: "Se nos ha dicho que *kakistocracia* es sinónimo, o sería lo mismo, que *chantocracia*. (...) El *chanta* es esencialmente un embaucador, un embustero, un trepador, alguien que habla mucho sin decir nada" (Jorge Luis García Venturini, *Politeia*, Editorial Troquel, Buenos Aires, 1978, p. 319). Pero el *chanta* es un inocente. "En cambio, *kakistos*, en griego, es el superlativo de *kakós*. *Kakós* significa 'malo' y también 'sórdido', 'sucio', 'vil', 'incapaz', 'innoble', 'perverso', 'nocivo', 'funesto', y otras cosas semejantes. Luego si *kakós* es lo malo, *kakistos*, superlativo, es lo más malo, es decir, lo peor. Plural de *kakistos* es *kakistoi*, es decir, los peores. De ahí que se nos ocurriera *kakistocracia*" (J. L. Venturini, *Ibid.*, p. 320). El término pasó de boca en boca: *kakistocracia*. El "gobierno de los peores". Era ése el gobierno de Isabel Perón. El golpe se empezó a pedir en griego. Venturini termina su artículo afirmando un lugar común entre la gente bien que quiere echar abajo a un gobierno de bárbaros: "Porque la *kakistocracia* no sólo es un atentado contra la ética —ya de suyo infinitamente grave—, sino también contra la estética, una falta de buen gusto" (*Ibid.*, p. 320).

Entregamos ahora una joya de Jorge Luis García Venturini, escrita en pleno Proceso, en la que se lanza a un elogio emocionado, patriótico, de la Revolución Libertadora. Su texto marca la unión de los dos golpes. Venturini habrá de señalar que la Libertadora surgió para entregar al país la luz que debe iluminar a los hombres de Videla.

JORGE LUIS GARCÍA VENTURINI - ARTÍCULO PUBLICADO EN "LA PRENSA" EL 16 DE SEPTIEMBRE DE 1979

"Sí, otra vez recordamos y rendimos homenaje a la Revolución Libertadora. Y lo hacemos no con lejanía ni desgano, sino con mayor fuerza que nunca, por la sencilla razón de que en el transcurrir del tiempo —en rigor, quienes transcurrimos somos nosotros, hacedores del tiempo— esas vísperas y esos días ganan en significación y trascendencia. Cada año, cada día, cada minuto de reflexión, nos muestran agigantado el relieve histórico de aquellas jornadas de coraje sin pausa y desconocida alegría. Y a esos días de guerra siguieron otros meses de increíble fecundidad. Porque aunque en el país se persista en ignorar o tergiversar la historia más reciente, en algún lugar del universo, o fuera de él, se hará inexorablemente el balance de la gestión de aquel gobierno, y entonces los argentinos sabrán —aunque ya sea tarde— lo que verdaderamente le deben, sin atenuantes.

Sí, otra vez recordamos y rendimos homenaje a la Revolución Libertadora. Para que nuestro hilo de voz atraviese el aire y llegue a tantos oídos sordos —o simplemente se quede en el aire— porque nada se pierde y todo se transforma, incluida la energía histórica y los destinos consumados. Para que en el desierto de convicciones, algunos, al menos algunos, recuerden aquella gran convicción, aquella gigantesca convicción, que cubrió nuestras conciencias hasta la superficie, desbordándolas.

Fue la gran posibilidad argentina, porque fue el triunfo del valor ante la cobardía, de la honradez ante la corrupción, de la hidalguía ante la mezquindad, de la moral frente a la venalidad, de la estética frente al mal gusto, de la libertad ante el sometimiento. Fue una maravillosa pirueta del espíritu creador, de ese espíritu que da sentido a la historia, es decir a la biografía de los hombres. Fue una afirmación del Espíritu de Occidente.

Sí, otra vez recordamos y rendimos homenaje a la Revolución Libertadora. Para que los veteranos la recuerden aunque sea un instante tan sólo; los que le fueron leales retemplarán el espíritu, y los traidores tendrán un minuto de arrepentimiento en el último repliegue de sus conciencias. Y para que los jóvenes sepan que —no hace mucho— hubo un momento argentino de esperanza en la desesperanza, confíen en la razón ante la sinrazón; y ante la infertilidad de los populismos y los totalitarismos, adviertan que existe otra alternativa, la que nos marcan las palabras y los gestos de aquel septiembre inolvidable.

Para que los jóvenes averigüen, indaguen en todos

lados y se informen acerca de lo que pasó y por qué pasó al filo de una madrugada. Para que sepan lo que es una actitud de rebeldía y aprendan a distinguirla de la contraactitud de la subversión. Porque la subversión es destructora y estéril, mientras la rebeldía es creadora y motora de la historia. No hay historia sin rebeldía.

Y no hay juventud sin rebeldía. No se puede concebir una juventud apoltronada, arrebañada, seguidora de déspotas y tiranías o entregada a conformismos fatalistas. Hubo multitud de jóvenes rebeldes en 1955; luego hubo jóvenes subversivos que destruyeron lo reconstruido entonces. Aquellos estuvieron del lado de la libertad y de la ley; la esclavitud y la arbitrariedad. Sepan los jóvenes de hoy distinguir entre la esclavitud y la arbitrariedad. Sepan los jóvenes de hoy distinguir entre ambos, aunque rara vez se les hable de ello. Es una elección decisiva. La neutralidad no sirve, no sólo para los jóvenes; no sirve para nadie. ¡Y hay tantos neutros! (¿neutros?).

Sí, otra vez recordamos y rendimos homenaje a la Revolución Libertadora. Para no cometer un acto de injusticia. Y, como dijimos una vez, es bueno recordarla ahora, porque es un acto libre, desinteresado, que no busca dividendos políticos, ni adhesiones apresuradas. Como deben ser los verdaderos homenajes, la verdadera comunicación. Para nada. Ante la herrumbre de las ideas, ante la claudicación de las convicciones, ante la amnesia decretada, ante la sangre derramada.

Sí, otra vez te recordamos, Revolución Libertadora, para que fecundes la aridez de la tierra, para que verifiques la pereza del mar, para que humanices la dureza del asfalto; porque no pasaste sino que nos pasaste, a los unos y a todos, especialmente nos liberaste y los liberaste del miedo.

Te recordamos, para que no hablen de derechos humanos sus empedernidos violadores.

Te recordamos, para suplir el olvido de tantos que tanto te deben.

Y te recordamos, para que no muera toda esperanza."



CONCENTRACIÓN CÍVICA ACLARA ASPECTOS DE LO OCURRIDO EL 9 DE JUNIO DE 1956

(Publicado en *La Voz del Interior*, 9 de diciembre de 1972)

"Con el objeto de aclarar algunos aspectos de los episodios vinculados al frustrado levantamiento del 9 de junio de 1956, la mesa directiva de Concentración Cívica dio a conocer la siguiente declaración:

En la audición de Televisión transmitida por el Canal 11 el domingo 3 de diciembre a las 21.30, por interrupciones propias de este tipo de programas, quedaron sin la debida aclaración algunos importantes aspectos de lo ocurrido el 9 de junio de 1956. No es nuestro propósito reabrir antiguas heridas, por todos lamentadas, pero ante las preguntas formuladas y en nombre de la verdad histórica, nos sentimos obligados a completar las necesarias respuestas.

El 9 de junio de 1956 —tal vez porque Dios quiso salvar a la Nación de males mayores— en la quinta de Sarrabayrouse, en Moreno, explotó una bomba, en manos de quien la estaba fabricando. La providencial alarma motivó la intervención policial, pero si bien los implicados lograron escapar en un automóvil, el vehículo debió ser abandonado en una barrera de ferrocarril, lo que permitió encontrar una valija que contenía, entre otros documentos, las fichas donde figuraba, con todo detalle, la conformación de los grupos de ataque a los objetivos que también se indicaban. Se nombraban, además, las personas del gobierno, de las Fuerzas Armadas y de los partidos políticos que tenían que ser ejecutadas junto con sus familiares, los lugares de la matanza y el destino de los cadáveres, al crematorio, en general. Posteriormente, toda esta información fue exhibida al periodismo en reunión de Gabinete. Pero hay mucho más:

1) En la estación de Ringuet un tren fue asaltado por grupos armados, los pasajeros obligados a vivir al tirano, y un oficial de policía que se negó a hacerlo fue asesinado en presencia de su esposa, que luego declaró que podía reconocer al matador.

2) En Rosario se cortaron los cables de L.T. 12 y se empalmó un micrófono, desde el que se propalaron proclamas revolucionarias de cuyo origen no podía dudarse.

3) En la ciudad de Santa Rosa, los revolucionarios difundieron por Radio del Estado una proclama revo-

lucionaria que no era precisamente un llamado a la conciliación.

4) A las 23 hs. se produjeron tres hechos simultáneos: un grupo asaltó la estación transmisora del Automóvil Club Argentino, cuya red cubre todo el país; el intento fue rechazado pero en la refriega murió un cabo de la policía federal. La estación de autobuses Cónдор fue asaltada para apoderarse de vehículos que, según los planes descubiertos, debían transportar los grupos de ataque establecidos en las fichas antes mencionadas. Se asaltó al Arsenal de Guerra Esteban de Luca, intentándose penetrar en una ambulancia. La guardia resistió y rechazó el ataque.

5) Escuela de Mecánica de la Armada. Por despacho de las 23.40 hs. del 9 de junio, al ser detenida una persona, sus autoridades se enteraron de que tanto la Escuela Raggio, que está al lado, como el edificio de la Comisión Nacional de la Energía Atómica, serían ocupados por grupos especializados, y a continuación la Escuela sería atacada con el auxilio de ómnibus cargados de bombas incendiarias y camiones-tanques nafteros. En el estadio de River Plate se debían concentrar grupos de civiles a los que se les entregarían armas. La Escuela Raggio y Energía Atómica fueron neutralizadas y se tomaron prisioneros.

6) En los cuarteles de los Regimientos 1º y 2º de Infantería de Palermo. Grupos de suboficiales, cubierto el uniforme con un abrigo piloto civil, reunidos en las inmediaciones de los puentes del ferrocarril y los terraplenes, debían entrar en los cuarteles y capturar los armeros. Fueron detenidos por oficiales de los regimientos.

7) En Campo de Mayo fueron sofocados dos intentos de levantamiento.

8) En la zona de La Plata. Aquí ocurrieron los sucesos más graves. Al anoecer fue capturada la comisaría de Ringuet (Teniente Abadie). Más tarde, el Regimiento 7º de Infantería de La Plata se sublevó y atacó la casa de gobierno, cuyo titular, el coronel Bonaccarrere, se atrincheró en la jefatura de policía, resistiendo valientemente durante la noche, con el apoyo de fuerzas de la Infantería de Marina de Río Santiago, hasta que con las primeras luces del día 10, la llegada de fuerzas del Ejército y de la Fuerza Aérea terminó con la rendición de los sublevados.

Por lo tanto, no puede argumentarse, como lo afirmara un periodista en la audición, que la mayoría de las sublevaciones del 9 de junio fueron 'inventos y novelas de la policía'. Lo antes señalado puede ser confirmado por numerosas personas, entre ellos los oficiales superiores de las tres armas que constituían el estado mayor conjunto que tuvo intervención.

Por otra parte, las autoridades del Gobierno Provisional no reimplantaron la pena de muerte establecida por la tiranía y derogada por la Revolución Libertadora, como ha afirmado un periodista; en la emergencia establecieron la ley marcial, en defensa de la vida y hacienda de la población, teniendo en cuenta que ellas estaban real y gravemente amenazadas por las consignas del tirano ausente repetidoras fieles de las siniestras órdenes impartidas desde los balcones de la Casa de Gobierno en la noche del 31 de agosto de 1955. En dicha oportunidad el tirano pronunció un macabro discurso de 'San Bartolomé' vociferando entre otras tremendas amenazas, esta incitación criminal: 'Aquel que en cualquier lugar intente alterar el orden en contra de las autoridades puede ser muerto por cualquier

LIBERTAD

argentino. Esta conducta, que ha de seguir todo peronista (fue una orden), no solamente va dirigida contra los que ejecuten, sino contra los que conspiran e inciten'. Nunca, antes, en esta patria argentina se había tocado a rebato para la matanza general, desde los balcones de la Casa de Gobierno. Nunca, antes, un Jefe del Estado argentino había ordenado a sus seguidores hacer justicia por sus propias manos con cualquier excusa. No recordamos que en América se haya llegado a semejante grado de esquizofrenia despótica y delirante. El mundo entero quedó atónito.

La sangre se heló en las venas de los mismos peronistas, y el horror envolvió a todos, amigos y adversarios, pues estaban frescos los recuerdos de los incendios y otras profanaciones de los templos ocurridos en la fatídica noche del 16 de junio, que ejecutaron turbas regimentadas al servicio vil del déspota. En el propio balcón presidencial todos los rostros se demudaron de espanto. Pero nadie renunció ni adelantó una palabra de moderación al servicio de los sentimientos huma-

nos y de la paz ciudadana. Después de la execrable blasfemia todos siguieron en sus puestos, aun cuando el tirano agregó: 'Que sepan que esta lucha no ha de terminar hasta que los hayamos aniquilado y aplastado'. Esta fue la gota que colmó el vaso; la culminación dramática del proceso de justificación histórica de la Revolución Libertadora que tenía el deber de terminar con la máscara aberrante de 'democracia constitucional', como ahora llaman algunos desmemoriados a la ominosa tiranía peronista. Es entonces cuando nacen los "gorilas", resueltos a restablecer la dignidad de la República y a devolver la libertad a sus compatriotas.

Esta mancha, que ensombrece la Historia Argentina, no puede ni debe ser olvidada, aunque parece que así ha ocurrido a quienes, en una pretendida representación de la ciudadanía, han ungido al tirano visitante como su jefe o albacea en el restaurante Nino, versión local de la célebre 'Cervecería de Munich' donde fue encumbrado Hitler."

Por Concentración Cívica: Dr. Marcelo Aranda, Sr. Alberto Benegas Lynch, Dr. Eduardo Busso, Sr. Norberto L. Carca, Dr. Estanislao del Campo Wilson, Sr. Rodolfo A. Firte, Sr. Floreal González, Brig. My (RE), Medardo Gallardo Valdez, Brig. (RE) Jorge Landaburu, Escrib. Carlos Macchi, Dr. Alberto Mercier, Sr. Adolfo Morano, Alte. (RE) Jorge Julio A. Palma, Dr. Oscar Rebaud Basavilbaso, Dr. Manuel Río, Alte. (RE) Carlos A. Sánchez Sañudo y Cnel. (RE) Francisco J. Tizado.

PALABRAS DEL VICEPRESIDENTE PRIMERO DR. VÍCTOR A. GUERRERO LECONTE, EN EL ACTO DE RECORDACIÓN DE LA REVOLUCIÓN LIBERTADORA, EL 16 DE SEPTIEMBRE DE 2002, EN EL CENTRO NAVAL

"16 de septiembre de 1955: Una gesta histórica de un movimiento cívico-militar y no de una asonada ni un golpe de Estado. La ciudadanía argentina de pie contra la dictadura disfrazada de gobierno constitucional.

Al conmemorar los veinte años del pronunciamiento dijimos como acto inquebrantable de fe en los altos

ideales que inspiraron la Revolución Libertadora, esencia pura del alma argentina y como imperativo de la dignidad nacional:

Ninguna fuerza, ningún error, ninguna de las penosas vicisitudes que el país ha conocido en los últimos tiempos ha valido para confundir sobre los móviles de la gesta de 1955, más evidentes hoy que nunca, cuyo propósito principal y casi único fue la reconciliación de la República, con los principios que son su base histórica y moral inexcusable. Se luchó para restablecer la vigencia de la libertad, a la que estuvo la Nación consagrada desde los días de Mayo, sin la cual no hay paz, ni orden ni justicia ni progresos posibles. Se luchó para restablecer la dignidad cívica de los argentinos, destruida por la demagogia, la masificación y el sometimiento irracional a jefaturas providenciales. Se luchó para restablecer en el Estado y en la comunidad las normas de decoro y de moral legadas para siempre por los fundadores. Y se luchó para restaurar las instituciones republicanas en su verdadera función de instrumentos sustantivos de la vida social regulada por el derecho, haciendo que dejasen de ser el disfraz y amparo de la arbitrariedad y la corrupción. Un esfuerzo supremo para volver a las fuentes prístinas de la nacionalidad.

Son los valores simples y sublimes por los cuales se luchó y triunfó. Veintisiete años después volvemos a repetir los mismos principios.

Hoy la República vive una profunda crisis no sólo económica, sino moral, política, social e institucional que nos coloca al borde de la anarquía. Y hay miedo en el País por falta de seguridad personal y jurídica.

Vivimos un estado de subversión, es decir corrupción, de vicios, de depravación y de sobornos. Y se pretende destruir las Fuerzas Armadas que son la reserva moral de la República.

La crisis institucional abarca a los tres poderes del Estado. La ciudadanía no cree en ellos, según todas las encuestas que se realizan sobre el particular. Los partidos políticos se preocupan más por las elecciones y la obtención del poder que sobre las soluciones a los grandes problemas argentinos.

Y hay miedo en la República, pues, como consecuencia de la impunidad manifiesta, los vándalos han ganado la calle, constituyéndose en verdaderas asociaciones ilícitas que cortan caminos y rutas, atacan residencias particulares, secuestran, roban y matan.

La solución está en volver a los fines de la Revolución Libertadora, a ocupar tribunas y sembrar las ideas de Mayo y Caseros, de la generación de 1837, restablecer la vigencia de la Constitución de 1853/60 y, como bien lo dijo el Dr. De Tomas, citando a Eduardo J. Couture, debemos tener fe en la libertad, sin la cual no hay Derecho ni Justicia ni Paz.

Señores Tte. Gral. Lonardi, Tte. Gral. Aramburu, Almirante Rojas, descansad tranquilos, que los hombres de la Revolución Libertadora consideran que en la hora actual *marginarse es cobardía*, sin que ello signifique sumarse a cualquier aventura."

LA REVOLUCIÓN LIBERTADORA (EDITORIAL PUBLICADO EN "LA PRENSA" EL 14/09/1980)

"Lo que ocurrió en la República Argentina durante el período que se inicia el 4 de junio de 1943 y se prolonga hasta el 16 de septiembre de 1955 ilustra cabalmente sobre la inestabilidad de las formas superiores de la convivencia, la frecuente debilidad de las instituciones democráticas, el riesgo que asedia a la libertad y la facilidad con que en nuestra época puede desvanecerse una cultura secular y perderse los más altos valores. Todo lo que parecía definitivamente incorporado al acervo moral y espiritual de la Nación, por obra de los grandes estadistas del pasado y el esfuerzo de varias generaciones, fue agraviado y amenazado y estuvo a punto de desaparecer.

Todas las malas pasiones del alma se exhibieron por el dictador durante su paso por el poder, pero de ellas, la que mostró con más pertinacia en todos los actos y en todas las circunstancias, y que más resplandece es el odio, el odio al pasado histórico; el odio a cualquier forma de superioridad moral o intelectual; el odio a la verdad y la justicia; el odio a los enemigos leales y a los abyectos servidores; el odio a las multitudes atraídas por la demagogia y la corrupción y usadas como meros instrumentos para la conquista del poder. El odio es además una nota tan esencial del régimen que impuso que sin él lo que sucedió carece de lógica y explicación. La clave de la época, lo que ilumina los personajes y los acontecimientos, la razón última de las contradic-

ciones y los fracasos, es el odio. Hechos tan inauditos como el de la quema de bandera, de los templos, de la sede de los partidos, las bibliotecas y los palacios, son expresión de odio que sin duda el dictador sentía por sí mismo, en la intimidad del abismo moral que se debatía.

El daño que causó al país fue inmenso y se extendió tanto a lo espiritual como a lo material. Practicó la demagogia y la corrupción en escala gigantesca; cultivó la envidia y el resentimiento en todos los estratos sociales; impuso la obsecuencia y el servilismo en su partido, los gremios y las organizaciones empresarias y los exigió a la mayoría parlamentaria y a los miembros del Poder Judicial; sojuzgó el periodismo de este diario; degradó la instrucción pública y falsificó la historia; consumió el ahorro nacional y dilapidó las ingentes reservas de oro y divisas acumuladas por anteriores gobiernos; provocó la caída de las exportaciones y desalentó las actividades agropecuarias obligando al pueblo a consumir pan de inferior calidad; utilizó el crimen político, las delaciones y las torturas; ostentó favoritos a los que benefició con dineros públicos; gozó con la morbosa adulación de que fue objeto aceptando que calles, plazas y aun provincias se designaran con su nombre y el de su segunda esposa, y ésta convertida en símbolo de los abusos del régimen, fue utilizada por él despiadadamente para sus fines electorales hasta el momento mismo de su muerte; dividió a los argentinos y enconó a unos ciudadanos contra otros. Afrentó a obispos y sacerdotes, por lo que fue excomulgado, y cuando estalló la Revolución Libertadora huyó cobardemente abandonando a sus seguidores. Se enriqueció en el poder en inaudita medida, utilizando para ello la extorsión hasta la influencia oficial.

La Revolución Libertadora ha quedado incorporada a los fastos de la República, no sólo por el heroísmo de quienes la hicieron y haber clausurado el período más triste de nuestra historia, sino por la obra de reconstrucción moral y material que inició y que, en muchos aspectos, logró realizar y consolidar. Por medio de los generales Eduardo Lonardi y Pedro Eugenio Aramburu dio un alto ejemplo de dignidad y responsabilidad en el sucesivo desempeño de la presidencia de la Nación, en la época particularmente difícil y compleja que hubo que afrontar. La memorable creación de la Junta Consultiva, organismo concebido para limitar el poder revolucionario, permitió que se le sometieran proyectos y decisiones para que tuvieran el significativo respaldo político de una adecuada deliberación. En ella se encontraban representados los partidos democráticos por medio de sus hombres más eminentes, presididos por el vicepresidente de la Nación, almirante Isaac F. Rojas. Este dirigió los debates con ecuanimidad y autoridad que emanaban, más que de su cargo, del servicio que había prestado a la Nación durante las jornadas revolucionarias y de su indiscutida jerarquía moral.

El 7 de diciembre de 1955, casi ochenta días después del triunfo de la Revolución Libertadora, el presidente Aramburu y el vicepresidente Rojas, con la firma de todos los ministros, sancionaron directivas básicas en que formularon los principios que inspiraron la acción del gobierno. En ella se dijo que 'la finalidad primera y esencial de la Revolución ha sido derrocar el régimen de la dictadura' y que resultaba necesario 'suprimir todos los vestigios del totalitarismo para restablecer el imperio de la moral, de la justicia, del derecho, de la libertad y la democracia'. Se afirmó que 'cumplidas las condiciones que permitan a la ciudadanía expresar su voluntad, ella decidirá sobre sus destinos', que 'este gobierno es un gobierno provisional y sus hombres carecen de toda pretensión de continuismo'. Se aclaró que su programa podía sintetizarse así: Enaltecer el prestigio internacional de la República; asegurar el orden y consolidar la paz interior respetando la dignidad de los derechos del hombre; recuperar el equilibrio de la armonía y del mutuo respeto entre los distintos grupos sociales y políticos; dismantelar estructuras y formas totalitarias desintegrando el estado policial; restablecer la austeridad republicana y procesar a los que hubieran delinquido; afianzar la independencia del Poder Judicial; dignificar la administración pública; mantener el respeto a la libertad de cultos; establecer la libertad sindical y la vigencia de una efectiva justicia social; reorganizar la enseñanza con sentido democrático; fortalecer y afianzar el federalismo y las autonomías comunales; sanear la economía y suprimir las trabas que trababan su actividad; procurar una plena ocupación y el acrecentamiento del bienestar social y la solución de los problemas económicos y sociales fundamentales; estimular la industrialización y

la prosperidad del agro y el aprovechamiento de los recursos energéticos, y lograr que los sacrificios económicos sean soportados proporcionalmente a las posibilidades de cada uno; por último, crear las condiciones propicias para la inversión de capitales extranjeros que complementen y estimulen el esfuerzo de la producción argentina y sanear la estructura electoral de la Nación.

Este programa fue fielmente seguido en la medida en que las circunstancias lo permitieron, con honradez y buena fe.

Pero, sin disputa, el acto más importante del gobierno de la Revolución Libertadora fue la proclama del 27 de abril de 1956, en la cual, después de alejarse de la constancia de que la reforma constitucional de 1949 había sido fruto de la opresión que impidió pronunciarse a varios sectores de la opinión y que resultaba imperativo devolver al pueblo el pleno goce de las instituciones libremente escogidas y menguadamente alteradas, se declaró vigente la Constitución de 1853 con las reformas anteriores a 1949, sin perjuicio de los actos y procedimientos definitivamente concluidos el 16 de septiembre de 1955.

El país volvió así a gozar de su auténtica y respetada Constitución inseparable de las formas superiores de convivencia. Además del valor de su contenido jurídico, y de su estilo literario, ella es, sobre todo, un instrumento de gobierno, producto de la dolorosa experiencia y la claridad de juicio de los constituyentes.

Haberlo comprendido así y haberla restablecido es, en consecuencia, el título más alto que la Revolución Libertadora puede invocar ante la Historia. Y aun su gobierno se preocupó de obtener la ratificación de lo resuelto por una convención libremente elegida por el pueblo, que el 23 de septiembre de 1957 recibió con prolongados aplausos e incontenible emoción, la declaración solemne de su presidente sobre la sanción adoptada.

La notable obra cumplida por la Revolución Libertadora fue posible también por la gestión de los integrantes de la Corte Suprema de Justicia de la Nación, a los que tocó la difícil tarea de velar por la constitucionalidad y legalidad de los actos de un gobierno de origen revolucionario, de modo que pudieran desmantelarse las estructuras totalitarias heredadas y cumplirse la vindicta pública pero respetándose las garantías y derechos de la Ley Fundamental. Solamente la sabiduría y la experiencia de jueces, que además supieron ser verdaderos hombres de Estado, permitieron que los objetivos pudieran alcanzarse. Y cuando la Revolución Libertadora presidió elecciones inobjetables y entregó el poder a los nuevos gobernantes consagrados en los comicios.

El posterior holocausto del general Aramburu, consumado por los enemigos del país, confiere una aureola de trágica grandeza a la Revolución Libertadora, cuyo gobierno él presidiera con tanta dignidad. Las vicisitudes que el país padeció después fueron consecuencia de cálculos interesados o de una deficiente comprensión de los conflictos que surgieron. Culpas y errores, ambiciones y egoísmos, incapacidad y temor causaron que el país nuevamente ensayara el retorno a concepciones totalitarias impuestas por el gran responsable de la frustración nacional. No es ésta la oportunidad de hacer el análisis de lo que sucedió después de la Revolución Libertadora, de adjudicar méritos y responsabilidades y de esclarecer el curso fatal de los acontecimientos, que visto después que se produjeron parece que pudieron ser previstos y evitados. En cambio corresponde, a veinticinco años de la patriótica empresa encabezada por dignos jefes militares y civiles eminentes, recordar que en la crónica de los conflictos que se han suscitado entre los argentinos nunca hubo un pronunciamiento de más alta inspiración previa y más desinteresada ejecución en el gobierno. Porque nuestro pueblo requería una acción saludable que tuviera fuerza suficiente para recuperarlo de su terrible caída, se explica la deslumbrante jerarquía moral de la Revolución Libertadora."



Jorge Luis García Venturini, en diciembre de 1978, veía con horror la posibilidad de una "apertura política" que, con la salida de Videla, encarnaría el general Viola. Esto lo condujo a llamar la

atención de la República otra vez, como en los tiempos anteriores al golpe de marzo 24: *Volvió la kakistocracia*. El texto que transcribimos a continuación señala la ira de uno de los más furiosos hombres del Proceso. No habría de volver la *kakistocracia*. (Suponiendo que, tal como ocurría, no fueran ellos la tan meneada por el ideólogo, *kakistocracia*.) El odio de García Venturini, en concordancia con la revista *Cabildo*, se condensaba en un solo propósito: *militares para siempre*. Nada de retorno a la política. Acaso fuera excesivamente consciente de las atrocidades cometidas hasta ese momento y necesitara que el tiempo transcurriera para tapar todo y negociarlo mejor. No olvidemos que García Venturini muere en 1983, antes de llegar la democracia. En una entrevista radial, un periodista que ya se sentía con coraje como para hacerlo sufrir le preguntó:

—¿Quién fue más democrático: el doctor Illia o el general Videla?

García Venturini, desdefeño, como si eso tuviera alguna importancia, contestó:

—El doctor Illia.

Poco tiempo después abandonaba este mundo otra vez caído en manos de la *kakistocracia*. El siguiente artículo es el que publica en *La Prensa*, su diario, su trinchera, el 23 de diciembre de 1978, poseído por la angustia de una posible apertura política del régimen militar.

EL RETORNO DE LA KAKISTOCRACIA

"No nos sorprende, simplemente, nos angustia. Se veía venir. En estas mismas páginas lo hemos advertido desde el principio del proceso, que había llegado la 'hora de la verdad'—y en lugar de la hora de la verdad lo que se vuelve a oír es la 'hora del pueblo'. En un artículo que se llamaba 'Voz calmante o las causas y los efectos', hace algunos meses atrás, volvemos a reiterar que hay oídos sordos a las advertencias y que por favor, no se nos diga de nuevo que 'todos somos responsables', ni de lo que pasó ni de lo que va a pasar. Advertencias no han faltado, ni faltan. Ahí están los últimos de Abdal, de Sánchez Sañudo, de Alicia Jurado, para citar los más recientes y elocuentes. Pero uno se pregunta: ¿o son la voz solitaria del desierto ciudadano que se estrella contra los muros anónimos de la ciudad adormilada y termina derramándose en los desagües municipales como el agua limpia de la lluvia, que vertida en barro, o como aquella voz de San Juan Bautista, que clamaba ante oídos inexistentes, aunque estuviera rodeado de multitudes?

¿Es posible que, en esta nueva oportunidad la amnesia y los lugares comunes se hayan dado tan rápidamente? ¿Será otro ejemplo de aceleración de la historia? La increíble restauración de 1973, caso único en el mundo civilizado, de retorno al poder de un sujeto de las condiciones psicomorales del gran corrupto (para no abundar en detalles, véase el decreto de degradación firmado por un Tribunal Superior constituido por cinco tenientes generales, para haber impedido que por decreto monotonero se le restituyera grado, uniforme y dineros: también podría recordarse la excomunión cuyos términos absolutorios nunca se conocieron): en fin, esa vergonzosa restauración vino dieciocho años después; ahora las cosas parecen acortar plazos y si bien el titular de la hecatombe argentina ya no está en este mundo, no faltan, más bien sobran, los herederos de supuestos electorados vacantes.

Aquella afrenta comenzó en un restaurante—Nino ha sido un nombre para la historia de la infamia—, y ahora han vuelto las comidas increíbles, entre cuyos comensales se cuentan jefes monotoneros (que alardearon de serlo y no se han rectificado), firmantes de la ley de amnistía, destacadas figuras del submundo político argentino y, en el mejor de los casos cómplices y complacientes, de todo eso. ¿Cómo se explica tal incongruencia? ¿Cómo se explica que compartan la misma mesa los que vinieron a moralizar y los que vinieron a destrozar el país, y que había que sancionar y no invitarlos a comer?

Vuelven a poblar el aire las palabras 'diálogo', 'propuesta política', 'unidad nacional', 'salida democrática' y otras por el estilo. ¿Qué significa todo esto? El diálogo es una cosa buena, más aún, indispensable, y de hecho se ha venido haciendo

desde antes del pronunciamiento de marzo y durante estos años. Se ha dialogado con mucha gente. Los militares abrieron sus bases y guarniciones a muchos civiles. Debe entenderse, entonces, que cuando se dice que se va a iniciar el diálogo es con otra gente, es decir, con los responsables del desastre. Y entonces el diálogo de bueno se convierte en malo, en acto sencillamente suicida.

¿Y qué decir de la 'unidad nacional'? ¿Con quién, para qué? Todos juntos somos más, decía el oficialismo antes del 24 de marzo. ¿De nuevo ahora? ¿Todos juntos? El peligro está en quedarse sin billetera. ¿La 'salida democrática'? No vamos a explicar—lo hicimos ya muchas veces— qué debe entenderse por democracia. Pero tal cual se usa aquí el vocablo es volver al concepto inadmisiblemente—jamás sostenido por teoría alguna desde Platón y Aristóteles en adelante— de que democracia es un mero mecanismo electoral en virtud del cual triunfa el que obtiene la mitad más uno de los votos y luego hace en el poder lo que se le dé la gana.

Desde las altas esferas se vuelve a hablar de los partidos tradicionales. Los hay, y en principio, a pesar de la claudicación de tantos políticos, en cuanto partidos son respetables. La Unión Cívica Radical, por ejemplo, expresión tradicional de liberalismo argentino durante varias décadas, es un partido tradicional, y ha prestado servicios a la República, a pesar de la traición de los últimos años. Y otras agrupaciones políticas. Pero incluir entre los 'partidos tradicionales' a esa masa viscosa e informe creada por una mente diabólica, que nunca fue por propia definición, un partido político, sino un 'movimiento' cuya columna vertebral es la estructura sindicalista totalitaria (aún intacta), y que sólo ha dado al país corrupción, corrupción, corrupción, es realmente una cosa increíble, incomprensible, inadmisiblemente. Es, sencillamente, el retorno de la kakistocracia.

Los culpables directos del desastre están sueltos, o con 'arresto domiciliario' o no se sabe bien en qué condiciones jurídicas. Lo único claro es que no hay nadie sancionado. ¿Con qué autoridad moral se podrá condenar a un ladrón común que asalta un banco, por ejemplo, arriesgando la vida y haciendo un mal muy limitado, si los que han demolido los valores morales sin contemplaciones, los que han informado y han armado la subversión, los que han afrentado—por segunda vez— a la República no sólo no están sancionados, sino que se sientan en torno a áulicos banquetes, preparando su retorno triunfal para un nuevo festín de los corruptos. Uno se pregunta, entre otras cosas: ¿Para qué retiran los cuadros de dos subalternos de un recinto del Congreso, cuando el busto de jefe corruptor permanece en la Casa Rosada? Una editorial de este acaba de señalar claramente esta incongruencia. ¿Y uno se pregunta tantas otras cosas!

Lo hemos dicho otras veces. Todo problema bien planteado es un problema moral. Y el orden moral no se viola impunemente. La primera prioridad argentina—así creíamos al menos— era reparar los valores pisoteados, volver a recrear la fe perdida, sancionar el delito, reinstaurar la majestad de la justicia.

Y si había que sentarse a la mesa, hacerlo con otros comensales, que los hay todavía en el país. El orden moral es primera y absoluta prioridad. Nada hay por sobre él, porque está establecido por Dios y no por los hombres o las circunstancias. Y ningún problema tendrá verdadera solución sin un orden moral que la sustente.

¿Se podrá tener una 'democracia fuerte' con hombres moralmente débiles? ¿Una 'democracia estable' con los hombres mentalmente inestables? ¿Una 'democracia moderna' con los artifices de las peores mañas que recuerda la historia? ¿Con quiénes se va a hacer la democracia que se anuncia? Las frases no alcanzan a cubrir la realidad. Lo mismo se dijo en 1972-73, y así terminamos.

Ya afirmaban los griegos que repetir el mismo error dos veces era cosa de tontos; repetirlo tres veces sería de locos. Y el Eclesiastés nos recuerda que 'cuanto hace Dios permanentemente, y nada se le puede añadir, nada quitar, y es bueno el temor a Dios. Porque tiene siempre presente lo que pasó' (3.14).

Dios se apiada de nuestro país o impida nueva restauración de los peores. Sería ya una dosis mortal."

PRÓXIMO
DOMINGO

La resistencia
peronista